

fies

El Instituto-Escuela de Sevilla y don José Llavador

Carlos Algora

Historiador. Autor de El Instituto Escuela de Sevilla (1932-1936)

UNA JOVEN sevillana escribía en 1934: “Yo, como todo el mundo, tengo mis anhelos. Mis ilusiones más grandes son: hacer todo el bachillerato en el Instituto-Escuela de Sevilla, estudiar la carrera del magisterio, y algún día ser yo una maestra en una escuela muy blanca y muy linda donde haya niños que sueñen ser maestros y maestras, como esta estudiante del tercer año de bachiller y que tiene todavía 15 años”.

Poco sabía de política la joven Encarnación Peralto; sólo quería ser maestra en una escuela muy limpia y bonita, donde hubiese otros niños como ella que soñasen con ser maestros. Menos aún podría entender a un general Queipo de Llano, que arrojó un cubo de agua fría sobre sus sueños, al anular de un plumazo esa enseñanza moderna, liberal y laica en el aciago verano del 36. Ella no pudo terminar el bachillerato en el Instituto-Escuela, le faltó un curso. Llegó hasta el quinto año. No pudo cumplir su sueño de ser maestra por las circunstancias de la vida, que se torcieron a partir de ese momento.

Sí hubo otros alumnos que lograron sus sueños, pero fueron los menos en esos dramáticos años de guerra y postguerra. Un caso llamativo es el de José Guerrero Lobillo. Un estudiante que llegó a ser un prestigioso catedrático e investigador de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla. De origen muy humilde, su padre era un modesto albañil en Olvera. Nos cuenta el regocijo de su familia y de otros compañeros becarios (“estábamos locos de alegría”) al recibir una beca del centro sevillano, “una de las grandes obras creadas por la República”. Nos refiere también la gran entrega del profesorado.

Quiero evocar un recuerdo en homenaje a don José Llavador, fallecido a finales de 2007, profesor del Instituto- Escuela de Sevilla, persona generosa, de ancianidad envidiada por su autonomía y sabio juicio. A mi memoria acude la siguiente anécdota. Con los escándalos de corrupción que salpicaron el final del gobierno de Felipe González, él, militante socialista desde la época republicana, me decía socarrón: “Esos no son socialistas, son *sociolistas*”. Después de setenta años en Sevilla, a la que llegó al principio de los años treinta, se marchó a Valencia, su tierra natal, donde vivían sus sobrinos. Acudía todos los días al Archivo de Indias de Sevilla para investigar y, cuando se fue, hacía lo mismo en un archivo de Valencia, donde recogía en fichas el origen del nombre de las calles de la ciudad.

Con 97 años vino emocionado a su Sevilla, de tantos recuerdos, a dar una conferencia sobre otro profesor del Instituto-Escuela y dirigente del Partido Socialista en los años de la II República, don Alberto Fernández Ballesteros. La conferencia, organizada por el Aula para la Recuperación de la Memoria Histórica en noviembre de 2007, la leyó su sobrino por haber sufrido don José una angina de pecho.

Al acercarme al hospital, tres días después, me lo encontré en la cama desvalido, rodeado de aparatos y tubos y auxiliado por un respirador, pero era él con su sensibilidad postrada, su fino pelo blanco y ojos tiernos que me miraban. Le hablé con cariño y, en un gesto característico suyo, enarcó las cejas y sus ojos tuvieron una luz de reconocimiento y alegría. Se me acercó un familiar y me dijo que agonizaba. Moriría unas horas después. Al despedirme con dolor de su sobrina, con un nudo en la garganta, le expresé: "Soy profesor, y don José Llavador será siempre un modelo entrañable por su humanidad, como persona y como docente". Sus sueños, en parte, fueron también truncados. Obtuvo por oposición la plaza de catedrático de Instituto en 1936 y, a consecuencia de la represión del franquismo, no se incorporó a la enseñanza hasta la década de los sesenta.